—¿Su esposa?

—Sí, su esposa; pero no le creais: sabe que las madres desde que sus hijas cumplen doce años, no hacen mas que hablarlas de casamiento y procurar su acomodo con un hombre rico, lo cual despierta la pasion y el interes en las jóvenes. Pero ¿qué son esos casamientos en realidad? Si es pobre la jóven, mas bien que esposa viene á ser la concubina del rico que á ella se ha unido; un ser comprado por oro á quien se desprecia y arroja de sí luego: las ricas son las únicas que en vuestra religion tienen derecho á ser respetadas como consortes. Solamente en el cristianismo es considerada de igual modo la pobre que la rica, la noble que la plebeya, y en donde la esposa, sea cual fuere su condicion, es la compañera del hombre. No os dejeis, pues, seducir por las lisonjeras promesas que pueda haceros ese hombre: recordad que la virtud es un tesoro de mas precio que los mas ricos metales, y para conservar esa virtud, recordad á vuestra querida madre que os crió en la práctica de los deberes, y á vuestra excelente protectora. Sí; recordadlas; y si alguna vez os viéseis en la necesidad de defender vuestra honra, invocad sus nombres y pedid el amparo de nuestro Salvador, cuya santa efijie os entrego para que os proteja—añadió Olinto entregando á Nicea un pequeño crucifijo de madera.—Guardadle junto á vuestro corazon; pedidle favor en toda tribulacion, que él vendrá en vuestro socorro como padre amantísimo. Adios; yo volveré á veros mas tarde.

Y Olinto, sin esperar respuesta, se alejó en el instante.

Nicea quedó como quien despierta de un grato sueño á la realidad de una desgracia.

Habia acariciado acaso ideas demasiado lisonjeras.....

Acaso habia creido encontrar mezclada entre la generosidad de Salustio, un sentimiento mas íntimo.

¡Era tan interesante la figura de Salustio!.....

Nicea exhaló un suspiro.

Su corazon, lleno poco antes de regocijo, se hundió en el abismo de la tristeza.

Si algunas seductoras esperanzas habian halagado su fantasía de niña, se desvanecieron como el humo.

Las palabras pronunciadas por Olinto, respecto á la union de las jóvenes sin bienes de fortuna, se presentaron á su mente con toda su verdad.

La belleza de las mujeres de la clase media no conquistaba un esposo si no iba seguida aquella belleza de un buen dote.

Las que carecian de riqueza, eran víctimas de esa ambiciosa exigencia de los hombres, que venia á ser para ellas un verdadero suplicio.

Declaradas núbiles desde los doce años por un edicto, dado en Roma desde el tiempo de Augusto, al suplicio de la parte moral se agregaba el suplicio físico.

Las madres, procurando un buen partido para sus hijas, ponian en juego todos los medios para aumentar su belleza.

Dominadas por este afan, que ellas juzgaban digno y noble, estudiaban la manera de evitar el desarrollo de la espalda, y les ceñian el pecho, con el objeto de que el talle fuese esbelto y elegante.

Para que el cuerpo no perdiese sus bellas formas, cuando alguna jóven manifestaba gran robustez, la rebajaban el alimento, y á fuerza de réjimen, conseguian que se mantuviese delgada y lijera.

Conseguir un esposo para su hija era el importante asunto de una madre.

Pero este asunto era difícil de realizarse.

La ambicion y el interes sórdido eran en aquella época los que hacian los matrimonios.

El matrimonio, así como la compra de una finca, era considerado como un negocio.

La riqueza era la cualidad principal que se buscaba en la mujer, y con frecuencia la sola virtud que se anhelaba en ella.

De aquí la dificultad de que encontrase marido la que era pobre, por mas adornada que estuviera de virtudes y belleza, y de que cuando se enlazaba, fuese considerada mas bien como concubina que como esposa.

Nicea meditó en todas estas tristes circunstancias que rodeaban á la mujer que carecia de riquezas, y quedó abatida.

Por un instante habia acariciado la idea de que la belleza y la virtud podrian alcanzar mas que la plata y el oro; pero aquel pensamiento se desvanecia ante el exámen de lo que pasaba en la sociedad.

Las palabras de Olinto sonaban aun en su oido y la hacian temer.

—¡Oh!.....—exclamó de repente, trayendo á la memoria los ofrecimientos de Salustio—¿será posible que bajo un exterior el mas distinguido, se oculte el engaño y la falsía?..... ¿Por qué no ha de abrigar un alma pura quien expresa sus sentimientos de la manera mas tierna y elocuente?..... Sí..... tal vez ese sacerdote cristiano se equivoca..... tal vez sospecha un lazo de perfidia, donde solo existe la generosidad y la benevolencia!.....

Y Nicea quedó en profunda meditacion. Sus ojos se fijaron en el pequeño Crucifijo que aun tenia en sus manos, y que Olinto le habia entregado, y se sintió conmovida profundamente.

Aunque no era cristiana, las palabras de Olinto habian sido pronunciadas con tal acento de fé, que Nicea, por un secreto impulso, acercó á su corazon la imágen del Redentor, admitiendole como infalible protector suyo.

La jóven, llena de profundo respeto, lo guardó junto á su corazon, como el sacerdote cristiano le habia encargado, y quedó abismada en sus pensamientos.

Salustio se presentó entre tanto en el *atrium* de la casa.

—¿A quién buscais?—le preguntó el esclavo.

—A Nicea.

—¿Quién sois?

—Un pariente suyo.

El esclavo le miró asombrado.

—¿Vos pariente de Nicea?—exclamó viendo el porte distinguido de Salustio.

—Sí, su pariente que sabe todo lo que por ella has hecho, y que no dejará sin premio tu generosidad.

Estas palabras fueron acompañadas de algunas monedas de oro que puso en sus manos.

—Entrad—dijo el esclavo.

Salustio se dirijió hácia el fondo de la casa.

—Pues señor—dijo para sí el esclavo—la que lloraba huérfana, se encuentra de repente con un hermano y con un pariente admirables: sobre todo, el pariente es espléndido. Me alegro, porque así será feliz Nicea, como merece serlo por esa cosa tan rara en Pompeya, y en todo el imperio romano, que se llama virtud.

Salustio, lleno de esperanza y en alas de un deseo mas sensual que tierno, llegó al gabinete en que se hallaba Nicea.

La jóven se encontraba aun abismada en la tristeza que la noticia de Olinto habia derramado en su corazon.

—Salve á la hermosa Nicea—dijo Salustio, acercándose á ella.

—¿Sois vos?—exclamó la jóven estremeciéndose, y dejando ver en sus frescas mejillas el suave carmin del rubor.

—¿No me esperábais? ¿Creíais que yo pudiese renunciar á la dicha que me proporcionásteis anoche, dándome permiso para visitaros?

—Os lo concedí, porque juzgué vuestras palabras sinceras.

—¿Y habeis podido dudar de ellas?—respondio Salustio con tierno y seductor acento, sentándose junto á la hechicera jóven.—¿Puede haber un alma indiferente á las desgracias de una jóven virtuosa y bella? ¡Ah!..... no, Nicea; mi corazon está vivamente interesado por vuestra felicidad, como pudiera estarlo por la de una hermana querida.

La voz de Salustio iba impregnada de tal dulzura y sensibilidad, que Nicea creyó escuchar en ella la expresion íntima de la mas pura sinceridad.

Dotada de un corazon sensible y compasivo, pensó que no podia ocultarse bajo las suaves palabras del elegante jóven la perversidad y la falsía.

La noble presencia de Salustio, su expresiva y varonil fisonomía, su aire distinguido y su dulce mirada hablaban en el corazon de la bella huérfana en favor de la sinceridad del amigo de Lisipo.

¿Cómo bajo tan dulce fisonomía podia esconderse ningun bastardo sentimiento?

¿No podia Olinto, llevado de su cristiano celo, haber interpretado desfavorablemente el generoso afecto que animaba el corazon de Salustio?

Todos estos pensamientos fueron á lisonjear la mente de Nicea al escuchar las dulces palabras de Salustio, y al fijar sus ojos en el simpático rostro del que le brindaba su leal amistad.

Salustio, como práctico en la escuela de la seduccion, leyó fácilmente lo que pasaba en el alma de la sencilla jóven, y para acabar de conquistar su confianza, continuó:

—Contestadme, hermosa Nicea: ¿habeis podido abrigar por un instante la mas lijera duda con respecto á la sinceridad de mis promesas?..... ¿Podian ser estas mas que la expresion de la verdad de un corazon que os admira y que anhela vuestra constante ventura?..... ¿No os dice vuestra alma que la mia se identificó con ella desde el momento que los dioses me proporcionaron la dicha de conoceros?..... Respondedme—añadió con calor, tomando entre sus manos una de las de Nicea—decidme si habeis dudado de que sois para mí el bien mayor que existe, y por cuya felicidad daria con gusto mi propia vida..... mi honra, si necesario fuese.....

Nicea, que se sintió subyugada por la voz de Salustio, y que le habia abandonado su mano, la retiró de repente al notar el vehemente fuego que acompañó á esta última proposicion.

Las palabras y el aviso de Olinto se presentaron á su memoria.

—¿Retirais la mano á vuestro hermano, que ve en vuestra belleza la hermosura de una divinidad, y que cifra toda su dicha en vuestra ventura?—volvió á decir Salustio tomando de nuevo la mano de Nicea, y colocando en ella un beso ardiente.

La jóven se estremeció.

Su pecho sintió, al contacto de aquellos labios abrasantes, un fuego devorador incomprensible.

Salustio la miró con ojos apasionados y llenos de sensualidad.

Nicea se sintió fascinada por aquella mirada.

Salustio acarició la idea de un próximo triunfo.

—¡Os amo, os amo, Nicea, como se ama la existencia, como se ama la luz de los astros, como se ama el aliento que se respira! Si habeis vivido sola hasta hoy, desde este instante me tendreis á mí á vuestro lado, viviendo por vos y para vos, para ser amado por vuestro corazon y amaros con todas las potencias.

Y Salustio atrajo el flexible cuerpo de la hermosa hácia su corazon, estrechando su delicada cintura.

—Aquí teneis una lijera parte del oro que pongo á vuestra disposicion—añadió sacando un bolsillo que quiso colocar en la mano de la jóven—y que os proporcionará cuanto podais anhelar.

La vista del oro fué para Nicea un recuerdo de las palabras de Olinto.

El sonido del dinero la despertó del sueño de sus ilusiones, y la hizo ver el abismo á cuyo borde se hallaba.

Aquel bolsillo era el precio de su deshonra.

La jóven se desprendió violentamente de los brazos de Salustio, y se retiró á un asiento mas lejano.

—¿Qué teneis?—le preguntó el libertino jóven al notar aquel cambio.

—Que vuestro oro humilla, y vuestro cariño mata. Yo no puedo recibir ni la humillacion, ni la muerte.

—Si así lo creeis, arrojaré el primero y buscaré la muerte para que se extinga de mi alma el segundo; pero yo no os ofrezco, os lo juro, ni la humillacion ni la muerte; yo no os ofrezco mas que mi amor, y solo mi amor!

Y Salustio se acercó de nuevo á Nicea, arrojando lejos de sí el bolsillo lleno de oro.

La jóven creyó ver en las palabras de Salustio el sentimiento sincero de un verdadero cariño, y no se alejó.

—¡Ah!.....—exclamó con entusiasmo Salustio—poseeis un alma pura y llena de virtudes, y yo no aspiro mas que á la estimacion de esa alma que anhelo se confunda con la mia!..... ¡Amadme!..... decidme que me amais como yo os amo, y el mundo será para los dos un paraíso de venturas interminables.

Y Salustio cayó á los piés de Nicea estrechando su mano con delirio.

La jóven, profundamente conmovida, quiso ocultar su amorosa emocion, pero su corazon prensado por un sentimiento dulce, envió á los ojos, ardientes y amorosas lágrimas que fueron á caer sobre la mano de Salustio.

—¡Ah!..... gracias, Nicea; me amais, me amais, como yo os amo.—Añadió el seductor amante cubriendo de besos la mano de la jóven.—Vuestras abrasadoras lágrimas que al caer sobre mi mano han retumbado con potente eco en mi corazon, me revelan mi eterna felicidad!.....

Y Salustio, levantándose y tomando asiento al lado de la jóven, la volvió á estrechar contra su pecho.

Nicea se sentia subyugada por una fuerza dulce, irresistible, desconocida.

—Idos, idos, por los dioses—pronunció la jóven sin fuerzas casi para mover los labios.

Salustio la estrechó mas y mas en sus brazos, y la acercó suavemente hácia sí.

La blonda cabellera de la hermosa, deshaciéndose en suaves rizos, se escapaba de la sencilla red en que estaba recojida.

Salustio besó aquellos cabellos, comunicando un fuego eléctrico al corazon de la jóven.

De repente, volvió á cruzar por su imaginacion el aviso de Olinto.

El recuerdo de aquel aviso, heló de golpe todo el fuego que Salustio habia encendido en su pecho.

La actitud, la conducta observada por este en el instante de conocerla, le dieron á comprender que Olinto no la habia engañado.

El alma recobró su dignidad ante la idea de una superchería infame.

La imágen de su amorosa madre se presentó á su vista indicándole la senda de la virtud.

Nicea se estremeció.

—Vos no me amais:—exclamó la jóven con acento firme, desprendiéndose por segunda vez de Salustio.—No; vos no me amais: si me amáseis hubiérais sido respetuoso y atento: lo que vos sentís por mí es una pasion desenfrenada que deshonra y humilla. Salid, salid de esta casa donde reside la virtud envuelta en la miseria, y llevad á otra parte vuestra depravacion engalanada con el oro y el fausto.

—Pero.....

—Si sois un hermano, respetadme: si sois un amante, salid.

—¿Es acaso un crímen el que sienta por vos un amor inextinguible que me ha sido imposible contener dentro de mi pecho?

—Si insistís en permanecer aquí, me obligareis á que yo salga.

Y Nicea se dispuso á salir.

Salustio dió un salto, y se colocó en la puerta para impedir su marcha.

—¿Me cerrais el paso?—exclamó Nicea aterrada.

—Os he descubierto los afectos de mi corazon, y necesito que vuestros labios pronuncien para mí palabras de felicidad.

—¡Imposible!

—Ved que os amo con delirio, y que necesito vuestro amor para no morir de pena.

—Dejadme salir.

—Dejadme prever antes mi felicidad.

—No lo espereis.

—Nicea, no hagais que mi amor, de suplicante y sumiso, se convierta en exijente y terrible.

Y Salustio, dominado por su pasion impura, se dirijió hácia Nicea, con aire osado y resuelto.

La jóven se estremeció.

En los ojos de Salustio brillaba el fuego de un deseo bastardo.

Nicea se retiró á un extremo de la pieza.

Salustio avanzó hácia ella.

La virtuosa huérfana, viéndose obligada á mantener una lucha desigual, acudió al recurso que Olinto le habia indicado como indefectible y salvador.

Llena de fe, sacó de su pecho el pequeño Crucifijo que el sacerdote cristiano le entregara, y fijando sus ojos en él exclamó con el acento de la fé mas viva:

—¡Dios de los cristianos, yo creo en tu poder; ampárame!

Salustio quedó sorprendido ante la noble actitud de la jóven, que levantando en alto el Crucifijo, y clavando en él sus bellos ojos, invocaba su auxilio con la fé mas ardiente.

En el semblante de Nicea habia en aquel instante algo de celestial y de sublime.

La fé habia comunicado á su rostro una expresion que infundia respeto y admiracion.

Una auréola de luz pareció circundar su bella frente, bañando suavemente sus angélicas facciones.

Salustio la miraba con asombro.

De repente, avergonzado de su debilidad, exclamó resuelto á alcanzar su triunfo:

—A pesar de ese Dios, vais á ser mia.

Y el libertino jóven salvó de un salto el espacio que le separaba de Nicea.

—Te engañas—exclamó un arrogante jóven que se presentó en aquel instante en la pieza.

Nicea arrojó un grito de placer, y cayó de rodillas, dando gracias al Dios de los cristianos, y estrechando contra su pecho el Crucifijo que tenia en sus manos.

Salustio volvió el rostro para ver al que se oponia á sus deseos, y se arrojó sobre él airado.

El jóven le recibió con valor y serenidad, y una terrible lucha se trabó entre los dos.

Salustio, encendido de ira y de despecho, empuñó en su mano el agudo punzon que llevaba en la cintura, y su resplandeciente punta brilló en el aire.

Su antagonista comprendió el peligro en que estaba, y procuró evitar el golpe.

Poco despues uno de los combatientes vino á tierra como herido de un rayo.

Un ¡ay! desgarrador se escuchó en el mismo instante.

¿Qué habia pasado?